

Un bisturí que hiere y cura: Martínez Estrada y el ensayo de interpretación nacional (A propósito de *La cabeza de Goliat*)

Martín Francisco Servelli

¿Argentinos? Desde cuándo y hasta dónde; bueno es darse cuenta de ello.
Sarmiento

Ensayo y realidad argentina.

En el Prólogo a la reedición de *Sarmiento*¹, Ezequiel Martínez Estrada suministra una clave sucinta a propósito de la configuración de la realidad argentina: “es una problemática y no una sistemática”. De esta comprobación hace derivar una consecuencia, la imposibilidad de dar una solución dogmática y definitiva a un problema central, el de nuestra nacionalidad: “¿Quiénes somos; adónde vamos; si somos una raza, quiénes son nuestros progenitores; si somos nación, cuáles son sus límites?”

Nos advierte el autor que esta problemática, que cifra en la persona de Sarmiento², “no puede ni debe ser resuelta, finiquitada, muerta, sino utilizada a lo largo del tiempo como hipótesis de trabajo, como suscitador de respuestas, como un bisturí que jamás se embota”.

A partir de estas citas surgen dos características definitorias de la forma del ensayo, que lo constituyen en herramienta imprescindible o referente real del *bisturí* interpretativo que Martínez Estrada propone como metáfora de la indagación nacional. Adorno denomina a la primera de ellas *impulso asistemático*: “por su disposición misma, [el ensayo] niega toda sistemática y se basta tanto mejor a sí mismo cuanto más rigurosamente se atiene a esta negación”³. Lukács, que también refiere esta característica en un trabajo dedicado al género ensayístico, nos

proporciona la segunda: “El ensayista rechaza sus propias orgullosas esperanzas que sospechan haber llegado alguna vez cerca de lo último”⁴.

El prólogo citado nos entrega sin proponérselo, una nueva definición del género dominante de nuestra literatura y de su temática obsesiva —el *ser nacional*—, al describir las diversas aproximaciones al *Problema* (con mayúsculas en el original) como “líneas de melodía infinita”. Y así pueden ser comprendidos los múltiples interrogantes que, desde los discursos pronunciados en el salón literario de 1837, exigen ser retomados una y otra vez a lo largo de la vida cultural argentina y que pueden resumirse en la pregunta acerca de la identidad nacional.

El punto de partida.

El discurso inaugural de Juan Bautista Alberdi⁵ pronunciado en el Salón literario de 1837, refleja de modo abarcador la problemática constitutiva de dicha generación, que Jorge Myers caracteriza como el “primer movimiento intelectual con un propósito de transformación cultural totalizador, centrado en la necesidad de construir una identidad nacional”⁶. En el trabajo citado Myers señala el discurso pronunciado por Alberdi como un resumen de los temas que ocuparon el centro de la reflexión de la nueva generación hasta mucho tiempo después de Caseros.

La palabra “exigencia” aparece repetida en el título del discurso, y refleja el modo imperativo con que la cuestión identitaria es planteada en el mismo: “cada pueblo, pues, puede y debe tener su civilización propia”, “nuestra situación quiere ser propia y ha de salir de las circunstancias individuales de nuestro modo de existir juvenil y americano”, “lo que nos manda hacer la doble ley de nuestra edad y de su suelo”, “cada pueblo debe ser él mismo” (el subrayado es mío). El imperativo se reitera en el “Prefacio” al *Fragmento preliminar al estudio del derecho*⁷, (que retoma y desarrolla con mayor amplitud los temas del discurso del Salón), justamente en la frase latina que resume a modo de leit-motiv las argumentaciones esgrimidas: “Nosce te ipsum”, traducida como “conócete a ti mismo”.

Hay una clara conciencia en esta generación de estar ubicada en un nuevo punto de partida. Lo expresa Esteban Echeverría en su “Primera Lectura” pronunciada en el Salón de Marcos Sastre: “Después de 25 años de ruido, tumultos y calamidades hemos venido a dar al punto de arranque”⁸. En el mismo sentido expresa Alberdi en el citado discurso inaugural que “nos vemos con resultados y sin principios” refiriéndose a una revolución (la de 1810) que empezó por donde debió haber terminado, esto es por la acción. El programa del salón viene a demandar ese principio faltante, la legitimación del proceso independentista por el desarrollo del pensamiento, instaurando esta nueva exigencia que mencionamos y produciendo un discurso emergente que inaugura una formación discursiva de largo aliento en la cultura argentina, un discurso que será retomado por las generaciones futuras, tal como lo prevé Alberdi con enorme lucidez: “Tal, señores, es

la misión de las generaciones venideras; dar a la obra material de nuestros padres una base inteligente”.

Cien años después.

En 1940 Martínez Estrada publica *La Cabeza de Goliath*⁹, instaurando una nueva línea melódica para una vieja obsesión. La cuña interpretativa, que encarnará Sarmiento en el ensayo de 1946 (*Sarmiento*), es asumida en este texto previo por la ciudad de Buenos Aires:

Buenos Aires es el primer impedimento para intuir nuestra historia, y nuestra historia es el supremo impedimento para intuir nuestra realidad.

En la “Introducción a la segunda edición”, el autor se refiere a la generación del 37 para señalar a Echeverría, Gutiérrez, y Sarmiento como los primeros y los últimos “pensadores libres” entre nosotros. Más adelante explicita el carácter de esta libertad: “una libertad que constele un pensamiento y un idioma americanos y particularmente argentinos, para pensar y expresar los problemas argentinos en el recipiente mayor iberoamericano”. Claramente el ensayista se instala en la tradición iniciada por dicha generación, respondiendo cien años después al llamado promulgado por Alberdi en el citado “Prefacio”, fechado el 5 de enero de 1837:

Es pues ya tiempo de comenzar la conquista de una conciencia nacional, por la aplicación de nuestra razón naciente, a todas las fases de nuestra vida nacional. Que cuando, por este medio, hayamos arribado a la conciencia de lo que es nuestro, y deba quedar, y de lo que es exótico, y deba proscribirse, entonces, sí, que habremos dado un inmenso paso de emancipación y desarrollo.

La revolución de Mayo de 1810 es apropiada y resignificada tanto en los textos Alberdianos del 37 y los de sus co-generacionales, como en el ensayo de Martínez Estrada que nos ocupa. En su *Historia de la literatura argentina*¹⁰, Ricardo Rojas abrevia las quince palabras simbólicas del Programa de Esteban Echeverría en tres: *Mayo, Progreso, Democracia*. Reproduce más adelante una cita de este último: “Mayo es el pasado de la nacionalidad, su tradición fecunda, la conciencia de nuestra personalidad en la historia” (Tomo I, *Los Proscriptos*, pag. 226). En consonancia con esta visión, podemos leer la particular observación que realiza el autor de *La cabeza de Goliath*, al aplicar su metáfora geológica de los estratos a la Ciudad de Buenos Aires (Cap.: *Las diversas ciudades*). La antigua ciudad del aborigen, la ciudad de Garay, la de la Emancipación y la de 1880, son superpuestas en la imagen retórica como estratos de la ciudad actual; pero una de ellas predomina por su valor positivo sobre las otras: “esa de 1810, libre, entusiástica, efervescente en el ideal de redención humana y anhelante de un gran porvenir; la ciudad de los próceres, la única ciudad nuestra”. Así la Pirámide de plaza de Mayo será el sím-

bolo esgrimido para oponer a la vacuidad actual, un símbolo que “señala el fin de la época colonial como el comienzo de la nacionalidad” (Cap.: *Antaño y bogaño*), y que se enfrentará en la dicotomía propuesta por Martínez Estrada al obelisco, signo contrario que marca justamente “el fin de la era de la Pirámide”, “la ruptura casi definitiva de la nacionalidad”.

Señala el autor en otro pasaje, con el tono nostálgico característico que tiñe gran parte del ensayo, el devenir descendente de los 100 años transcurridos frente al cenit alcanzado en la década del '30 del siglo XIX, justamente la que corresponde a la generación que propusimos como eje comparativo:

Aquel Buenos Aires de 1830 estaba empezando a formarse; éste está concluido. Pero los habitantes y todo aquello que formaba la atmósfera humana de la ciudad eran incomparablemente superiores. En el primer tercio del siglo XIX Buenos Aires alcanzó la máxima de cultura; era la época de los rascacielos espirituales tanto como ésta es la de los sótanos (Cap.: *Viajeros y exploradores*).

Acción y Reacción.

Surge de la comparación establecida entre el corpus ensayístico del Salón Literario de 1837 y el ensayo de Martínez Estrada una distinción que nos servirá para abordar el presente apartado. Me refiero al carácter programático de los primeros, su índole operativa, su urgencia por intervenir en el acaecer histórico concreto, que los separa de la práctica ensayística tal como es encarada en *La cabeza de Goliat*. Jaime Rest describe con precisión esta doble vertiente del ensayo argentino de interpretación nacional¹¹, clasificando por un lado los textos “llamados a operar sobre la realidad con eficacia”, y por el otro aquellos que conciben la realidad social como “una hecho ontológico estático y definitivo” (la interpretación ontológica). La divisoria de aguas, si bien no debe considerarse de manera tajante, conlleva una segunda distinción elaborada por Rest y que podríamos formular del siguiente modo: a medida que el ensayo va desplazándose hacia su vertiente ontológica (cambio que Rest ubica en el siglo XX), las exigencias pragmáticas van cediendo terreno a las aspiraciones artísticas. Las generalizaciones son siempre temerarias, y bastaría citar el *Facundo* para desbaratar el enunciado (o suministrar la excepción que confirma la regla). Pero en el acotado corpus expuesto en el presente trabajo, la distinción es más que pertinente. Tanto por el plus poético que revelan numerosos pasajes del ensayo de Martínez Estrada, como por el cumplimiento sobrado de la auto-exigencia planteada en la *Introducción* para el pensador y el artista: “un alto estilo de pensar y de decir”.

Aquellos ensayos generados en el marco de la urgencia por organizar la nación, produjeron de hecho consecuencias verificables en la estructura social y política del país al materializarse en medidas concretas que respondían a las cuestiones planteadas. Sin duda el fomento a la inmigración europea representó uno de ejem-

plos destacados de la acción directa emprendida a partir de los programas esbozados en la labor ensayística (Sarmiento, Alberdi). De nuevo Alberdi es el encargado de producir uno de los ensayos paradigmáticos en lo que respecta a este tema. Me refiero a *Acción de la Europa en América*¹², cuyo mismo título podría ser convocado en clave irónica para una denominación alternativa de *La cabeza de Goliat*.

Porque la cuestión inmigratoria se erige en el texto de Martínez Estrada como anatema aglutinante de los problemas más diversos. Un mal embrionario, enquistado tanto en las hipótesis más fuertes desplegadas por el texto, como ser la falta de cohesión de una sociedad conformada por muchedumbres heterogéneas, — “los habitantes de Buenos Aires somos sus inquilinos, la ciudad es una inmensa casa de departamentos donde nada nos interesa de nadie. Somos una población de todas las edades, nacionalidades, credos, formas de conducta y de cultura, aspiraciones, que nos hemos encontrado en esta urbe para seguir camino” (Cap.: *De paso*).—, como en los detalles más subjetivos y de menor relevancia: “Esa urgencia colonial, agudizada por el ansia de los inmigrantes rapaces y comedores de oro, ha hecho desaparecer de nuestros campos los pájaros” (Cap.: *Pájaros*). Los estigmas lanzados contra la inmigración se integran en un serie donde la reprobación y el desprecio lindan con la agresión lisa y llana: “hez traída de los países de Europa”, “destructores de vida”, “podredumbre”.

Pero detengámonos un momento para examinar el programa alberdiano esbozado en *Acción de la Europa en América*. El artículo publicado originalmente en el diario *El mercurio* de Valparaíso (10 y 11 de Agosto de 1845), parte de una hipótesis contundente: “Todo, en la civilización de nuestro suelo, es europeo. Podríamos definir a la América civilizada, diciendo que es la Europa establecida en América”. Dos movimientos son destacables en el texto, el primero, la reivindicación de un legado español, (recordemos que los discursos pronunciados en el Salón Literario son radicalmente anti-hispanos), que ahora ha cambiado de manos: “Los americanos de hoy, no somos sino europeos que hemos cambiado de maestros; a la iniciativa española, ha sucedido la inglesa y francesa”. El segundo, el giro industrial y comercial que debe tomar la política económica del país (“La América está llamada a la industria, no a las armas”) lo cual exige una condición *sine qua non*, la inmigración europea: “Ella nos traerá su espíritu nuevo, sus hábitos de industria, sus prácticas de civilización”; “¿Queremos grandes Estados en poco tiempo? Traigamos sus elementos ya preparados y listos de fuera”. Atrás ha quedado el romanticismo populista del *Fragmento*, con sus teorías de leyes derivadas de las costumbres y la necesidad de dar cuenta de las costumbres autóctonas.

Para Alberdi, la formación de costumbres es la llave maestra del orden político, y su teoría del trasplante representa la solución del problema eliminando de raíz una sociedad caduca. Las *Bases* constituirán el marco legal para la inmigración, otorgándole un principio de legitimidad. La sociedad industrial deberá favorecer el desenvolvimiento del hombre común, consagrado a satisfacer su interés. El

punto de partida del proyecto Alberdiano lo constituye el habitante de la república del interés, frente al proyecto de Sarmiento, cuyo paradigma basado en la virtud confía en las instituciones que moldean al ciudadano. Alberdi diseña entonces la figura del sujeto productor, económico, que remite a la sociedad civil o al ámbito del mercado¹³.

Propongo establecer un contrapunto entre las ideas esbozadas más arriba y la postura de Martínez Estrada que se desprende del ensayo que venimos analizando. Los temas reaparecen, claro que decantados a partir de la mirada múltiple del narrador, que se detiene indistintamente en objetos, costumbres, creencias, tipos, instituciones, según un método aleatorio, arbitrario o asistemático, cuyos fundamentos pueden ser generalizados a partir de una clave suministrada por el mismo texto: “El estudio del alma de un pueblo se puede hacer examinando los escaparates, espejo del alma de la ciudad” (Cap.: *El juguete, el arma y la joya*). Así cuando la mirada se posa en el cine y sus espectadores característicos, concluye que el cine es la gran pasión de nuestro pueblo, y lo explica, “de los pueblos que quieren entrar al disfrute de los grandes bienes de la civilización adquiriéndolos hechos (Cap.: *El mundo de los fantasmas y los simulacros*). La propuesta civilizatoria de Alberdi (“Traigamos sus elementos ya preparados y listos de fuera”) recibe una respuesta negativa y contundente partiendo de una vía indirecta como es el análisis del consumo artístico de la sociedad: “El cine puede servir de experiencia de arte y vida, pero también puede mutilar con traumas incurables los órganos de perfeccionamiento y vigorización del alma”.

Podríamos establecer otro diálogo respecto de la figura del sujeto productor-económico que diseña el programa alberdiano. Y en este punto damos con uno de los tópicos más reiterados a lo largo del ensayo, el de la *ciudad mercantil*, que Martínez Estrada remonta al origen colonial de una ciudad fundada con fines de estrategia comercial. La “psique colectiva comercial” es atacada en un pasaje de ironía punzante donde las librería y los mercados son analizados conjuntamente mediante una operación retórica que mixtura sus especificidades, “[...] hubo una librería en Buenos Aires que vendió los libros por kilo y en algunos mercados envuelven las hortalizas con las mejores firmas de los suplementos literarios” (Cap.: *Roma o Cartago*). El autor advierte el signo lucrativo que imprime la ciudad a todas sus acciones para concluir cifrando en el comercio el “móvil central de la actividad urbana”.

Pero no es únicamente el rasgo mercantil que da fisonomía propia a la ciudad lo que hemos heredado de la metrópoli colonial, sino fundamentalmente y asociado a este, la función propiamente dicha de las colonias: “drenar los productos de la tierra y los dividendos del capital” (Cap.: *Juicio y perdón*). El régimen colonial, traducido en los tiempos modernos al esquema del imperialismo económico y cultural, es una de las denuncias más radicales del texto de Martínez Estrada, denuncia que tiene su matriz, como tantos otros temas desplegados en el texto, en el ensayo capital del autor, *Radiografía de la Pampa*¹⁴. Es interesante confrontar

el ensayo de Alberdi (*Acción de la Europa en América*) en este punto; cabe destacar que el marco de producción del mismo se sitúa en el Gobierno de Rosas en la contingencia específica del bloqueo anglo-francés que repercutía directamente en los intereses comerciales del país. El epígrafe que da el tono al ensayo es más que representativo, vale la pena citarlo completo ya que la mirada eurocéntrica que introduce corresponde a la pauta ideológica con que el texto comulga:

La América está poblada de naciones nuevas, que presentan ya un pábulo considerable a los especuladores europeos. Estos vastos países, tan ricos en materias primeras que no se encuentran en nuestro clima, necesitan de todo lo que nuestra civilización produce. Nos hemos acostumbrado a no ver más que turbulencias que ha suscitado su independencia, y olvidamos que *esa independencia es la que ha creado tales riquezas...*

(SALVANDY, *Informe de la Comisión, relativa a la navegación trasatlántica.*)

El temprano diseño de un perfil exportador de materias primas e importador de manufactura definirá la ubicación de Argentina en el concierto de intereses mundial hasta nuestros días. Con la desventaja económica que acarrea la producción de bienes primarios de bajo valor agregado. Martínez Estrada se expide al respecto en el capítulo *Lo que fue grande y ahora es feo*: “Lo malo está en que nuestra riqueza no tiene sentido humano, porque es la riqueza de la tierra y no la del esfuerzo”, y más adelante, “Económicamente, nos resuelven casi todos los problemas Londres o Nueva York; ni el estadista ni el operario necesitan preocuparse mucho del mañana”.

La ciudad que da la espalda al interior y mira a Europa es constantemente interpelada en la primer parte del ensayo. En el nuevo tipo de colonialismo, inmigración y capitales extranjeros van de la mano: “Desde 1853 toda la política consistió en atraer capitales y brazos para aplicarlos a las industrias nacionales, que se estudiarían y crearían después. Llegaron los capitales y los brazos, unos y otros con su plan. Nosotros no sabíamos siquiera por donde empezar” (Cap.: *La cabeza de Goliath*). Martínez Estrada traza entonces una nueva cartografía política y económica para Buenos Aires: hacia el este no limita con el Río de la Plata, sino con Europa, “El este es la zona de contacto con Europa, con lo europeo y con todo lo que no nos pertenece a fondo, inclusive lo que se aclimata a la nacionalidad y la quiere hacer saltar por cualquier extremo” (Cap.: *Las cuatro caras*).

El peligro es explícito: la disolución de la personalidad nacional. El problema adquiere visos de racismo en el planteamiento de nuestro autor. La apelación al mito de la sangre en un pasaje culminante del texto no es casual (“la sangre es un coagulante de capital importancia para el ideal”). El problema de la “unidad étnica” necesaria por encima de los elementos divergentes es un punto neurálgico del discurso. “Desde Roma, en fin, toda ciudad eterna es obra de la fe en algún ideal supremo” (Cap.: *Civitas*).

Desmontaje y demolición: una utopía.

¿Qué hubiera sido de la República sin Buenos Aires? La pregunta planteada en las primeras paginas de *La cabeza de Goliath* invita a pensar la demolición de Buenos Aires como un destino alternativo al que hemos transitado, como un programa de acción (im)posible (“Pregunta tremenda porque tampoco es absurda”), y como una posibilidad de redención que restituya la cabeza decapitada al cuerpo entero del país: “Si demoliéramos ladrillo a ladrillo la ciudad de Buenos Aires, como se desmonta un mecanismo pieza a pieza; si cerráramos los puertos e hiciéramos retroceder los ferrocarriles hacia estaciones terminales mediterráneas; si cortáramos toda comunicación con Europa inaugurándola sin restricciones y con clara conciencia americana con los demás países de América, de todo el Continente” (Cap.: *Juicio y Perdón*). La utopía es regresiva, y expone sus características retrógradas (en el sentido lato del término) abiertamente: “Es preciso cortar un progreso que se va realizando mecánicamente por la fuerza de inercia inicial, plantearse hoy el problema con conciencia americana, iniciar su solución a ultranza”.

Si el programa alberdiano tal como se desprende de los textos analizados diseñó un modelo de país dependiente de los centros de poder económico y político del mundo occidental, Martínez Estrada contrapone un modelo introvertido, “un Buenos Aires cerrado y desembocando en el interior”. En tanto que la obra de demolición suministra la medida de las posibilidades pragmáticas, de intervención directa, que puede proporcionar el texto analizado: radicales, titánicas, impracticables. Pero el planteamiento, que reconoce la ingenuidad de una respuesta afirmativa, no pretende encauzar fuerzas de acción directas sino que apunta a generar una “responsabilidad moral y de conciencia” que implica restituir la totalidad de la vida de la Nación. Su ubicación al inicio del ensayo propone entonces una lectura consecuente con estas premisas. Una lente de aumento moral.

La confianza de Martínez Estrada en sus capacidades interpretativas es absoluta, como lo revela aquel episodio del hospital (Cap.: *Descenso a los infiernos*), de cuyos enfermos puede afirmar: “Hubiera podido diagnosticar a cada uno su mal, como hubiera podido darles su horóscopo y adivinarles su vida”. Así la advertencia formulada a continuación de la utopía demoledora, reúne a los habitantes de Buenos Aires bajo el signo de una amenaza:

Buenos Aires tiene la responsabilidad de lo que aconteció a cada uno de los hombres del interior. No podemos desatendernos de tales deberes morales, si queremos que el cataclismo no vuelva a tener las formas pavorosas que en la época de las luchas entre capital y las provincias, cuando en veces llevó la peor parte.

La cuestión radica entonces en la forma menos perjudicial que pueda adquirir el *cataclismo*, en el enfrentamiento siempre irresuelto entre la ciudad capital y el interior, ya que su ocurrencia no es puesta en tela de juicio. El presagio no sólo

sigue vigente sino que participa de una actualidad preocupante. En esta capacidad de permanencia se advierte la justeza del ensayista en la detección de problemas de largo alcance. Sus hipótesis de trabajo pueden ser retomadas hoy en día ya que conservan su potencia intacta.

Notes

¹ Ezequiel Martínez Estrada, *Sarmiento*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969.

² Dice Martínez Estrada al respecto, en el citado prólogo: "Según mi tesis, Sarmiento cristaliza en su persona y en su personalidad, si no los términos todos de la ecuación que lo identifica con su país, si aquellos de mayor relieve y de mayor profundidad; de donde me he servido como paradigma para plantear bajo pretexto de su persona, la temática de nuestra nacionalidad como él la planteó entre puntos de interrogación." (Op. Cit, p.7)

³ Theodor W. Adorno, "El ensayo como forma", en *Pensamiento de los confines* N°1, segundo semestre de 1998.

⁴ Georg Lukács, "Sobre la esencia y forma del ensayo (Carta a Leo Popper)" en *El alma y las formas*, Barcelona, Grijalbo, 1970.

⁵ Juan Bautista Alberdi, "Doble armonía entre el objeto de esta institución, con una exigencia de nuestro desarrollo social; y de esta exigencia con otra general del espíritu humano" en Félix Weimberg, *El salón literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette, 1977.

⁶ Jorge Myers, "La Revolución de las ideas: La generación romántica de 1837 en la cultura y en la política Argentina (1830-1880)" en *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

⁷ Juan Bautista Alberdi, *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, Buenos Aires, Biblos, 1984.

⁸ Felix Weimberg, Op.Cit.(p.165)

⁹ Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Goliat*, Barcelona, Losada, 2001.

¹⁰ Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Kraft, 1961.

¹¹ Jaime Rest, *El cuarto en el recoveco*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.

¹² Juan Bautista Alberdi, "Acción de la Europa en América", en *Obras Completas*, T.III, Buenos Aires, La Tribuna Nacional, 1886.

¹³ Véase al respecto: Natalio Botana, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.

¹⁴ Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, México, Colección Archivos, 1993.

Martín Francisco Servelli es Licenciado en Letras de la Universidad de Buenos Aires, docente de la Cátedra de Literatura Argentina I, y pertenece al Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras (U.B.A). Realiza en la actualidad una investigación sobre "Literatura de frontera" en el marco de dicha Cátedra. Al mismo tiempo conforma un equipo de Investigación coordinado por el Prof. Ángel Núñez, abocado a la edición de las *Obras Completas* de José Hernández. Entre 1994 y 1998 editó la revista *Cisma* dedicada fundamentalmente a la publicación de cuento y poesía. Actualmente integra la Dirección Editorial de la Revista *3 Galgos* donde colabora con artículos críticos y ensayos breves. Ha colaborado asimismo en diversas publicaciones nacionales y extranjeras (*Cisma*, *Everba*, *El Terciopelo Subterráneo*, *Preludio/Alambique*, *Alguien llama. Carpeta de poesía Argentina*, entre otras).